Domingo XXI Tiempo Ordinario

Isaías 22, 19-23; Romanos 11, 33-36; Mateo 16, 13-20

«Te daré las llaves del reino de los cielos; lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos»

27 agosto 2023 P. Carlos Padilla Esteban

«El cielo es de los valientes que aprenden a confiar y se dejan hacer por Dios, aunque no lo hagan todo bien. Así quiero vivir yo, con un corazón joven que mira a las alturas»

La juventud tiene siempre hambre de llegar más lejos, de encontrar más vida, de amar más y con más profundidad. Un corazón joven es valiente, no se conforma con los mínimos, nunca está satisfecho del todo. No se queda quieto, se pone en camino. Ser joven es un don que se pierde a fuego lento, entre el día y la noche, al paso cadencioso de las horas, al dejar de caminar. Perder la juventud en horas tristes es la tragedia de los tiempos que vivo, jóvenes con almas viejas. Aprovechar los días que paso, que vivo, que sueño es la oportunidad para vivir en serio. Con el corazón en la mano y la vista puesta en el cielo, que parece imposible de alcanzar. Ser joven es pensar que el mar es navegable hasta el infinito. Es creer que puedo volar aún sin contar con las alas que parecen imprescindibles. Ser joven es tomarme la vida en serio, decidir cuándo hay que hacerlo, y salir de uno mismo para ir al encuentro de otros. Ser joven me abre a esa posibilidad que tengo de llegar a ser santo, no perfecto, sí de Dios. La santidad es posible, aunque siempre parezca imposible, porque es Dios quien me la regala. No es la santidad que yo pretendo alcanzar por medio de mil esfuerzos. Sé que puedo engendrar en mis entrañas un mundo nuevo, en las manos de María, en el corazón de Dios mi Padre. Sí que puedo si María lo logra en mí con sus manos de madre, fuertes, audaces. Yo solo me desgasto día tras día sin lograr nada, sin hacer lo suficiente, dando, entregando, saliendo de mí, enfrentando con honestidad los problemas. Me parece que he cimentado barreras para reprimir mi cólera y calmar mis vientos. En lugar de sembrar paz en mi corazón herido. Me he fijado más en el daño que me han hecho, y no he pensado tanto en todo lo que yo he herido a otros. He guardado las ofensas recibidas como un tesoro, en lugar de dejarlas ir sin tomarme tan en serio. Sé que reírme de mí mismo es lo que más me ayuda a sentirme libre. Libre de mis pretensiones y de las expectativas del mundo. Libre de mis emociones, a veces tan contradictorias. Libre de mis ataduras que no me dejan mirar cada noche las estrellas. Libre para llegar más lejos de lo que nunca hubiera imaginado. Sé que en ocasiones he intentado desviar los ríos, detener el temporal y sostener el mundo entre mis manos débiles. Con fuerzas mías o fuerzas de otros, ya no me conozco. Creyendo que sería capaz de encontrar el camino habiéndolo perdido mucho antes. He dejado que me impulsen en la vida mis ansias de libertad, queriendo con toda el alma irrumpir en el cielo. Me parece que es posible encontrar respuesta en mi alma a las preguntas que me hace el mundo, no siempre lo consigo. No espero resolver los problemas que veo a mi alrededor, son demasiado y yo sólo aspiro a mantenerme vivo. El corazón joven no se cansa nunca, sigue corriendo incluso cuando todo parece perdido, llega más lejos porque tiene fe y no deja de creer en la victoria final aunque suene algo de locos. El corazón joven y libre no piensa de forma egoísta, cuando de verdad está enamorado de Dios. No piensa en el esfuerzo que supone amar hasta dar la vida. Sé que el egoísmo en el amor acaba enfermando el alma. Y eso no es lo que yo quiero. Deseo tener un corazón joven, confiado, alegre y fiel. Un corazón responsable de la decisiones que tome. Un corazón valiente que no lo mida todo y no tema el compromiso. Un corazón solidario que piense en los demás antes que en sus propios problemas. Cuando me descentro y pienso en mi hermano antes que en mí, la vida es mucho más fácil. No me gusta pensar en las incomodidades que tengo que vivir. Cuando las cosas salen mal quiero tomarlas con alegría. Sé que perder la vida es muy triste cuando la pierdo sin hacer nada por nadie. Dejar de amar es sinónimo de morir, el que no es capaz de amar, se muere. Soñar con las estrellas es lo que más paz me da para llegar más lejos. No me conformo con lo que ya he conseguido. La vida es más grande porque mi anhelo de felicidad es

infinito y nada me sacia del todo. Deseo una vida grande y plena. Y mi corazón se decide a dar la vida sin importar el tiempo que le lleve hacerlo. Me alegra saber que el cielo es de los valientes que aprendieron a confiar y se dejaron hacer por Dios, aunque no lo hicieran todo bien, eso no importa demasiado. **Así quiero vivir, con un corazón joven que mira a las alturas.**

Me molesta mirarme demasiado a mí mismo y pensar continuamente en lo que yo necesito. Me cuido en exceso, me busco, me protejo, me miro. Y entonces surge la envidia cuando no tengo lo que merezco, lo que creo que es para mí y no para otros. Me comparo y el alma duele. La envidia es mala y me envenena. Madurar significa crecer como persona. Aceptar que no siempre seré el centro del universo, aunque a mí me importe mi vida más que a nadie. Reconocer mi debilidad me fortalece. Como aceptar que no todo en mi interior es bueno. Por eso me gustan las palabras que hoy escucho: *«Te doy gracias, Señor, de todo corazón, porque escuchaste las palabras de mi boca; delante de los ángeles tañeré para ti; me postraré hacia tu santuario. Daré gracias a tu nombre: por tu misericordia y tu lealtad, porque tu promesa supera a tu fama. Cuando te invoqué, me escuchaste, acreciste el valor en mi alma. El Señor es sublime, se fija en el humilde y de lejos conoce al soberbio. Señor, tu misericordia es eterna, no abandones la obra de tus manos»*. Quiero dejar de lado la soberbia, el orgullo y la vanidad. Quiero renunciar a los primeros puestos, a los lugares de honor. Quiero cambiar mi forma de mirar a mi hermano, no es mi enemigo, no es un competidor. Me gustaría mirarlo con admiración siempre. ¡Cuántas críticas llevo en el corazón! Hablo mal de los demás y los condeno. Hablo demasiado en lugar de alabar a Dios por todo lo que me regala. La humildad me hace mirar sin envidia a los demás. Me reconozco débil y admiro a otros. Sin admiración no hay amor verdadero. No dura en el tiempo ese amor que no admira sino que compite con los demás. Quizás creo que tengo que demostrarle al mundo que valgo. O pienso que todos están esperando a ver mis capacidades. Vanidad, todo es vanidad. Cuando busco ser el centro, cuando deseo la admiración de los demás, cuando deseo que me quieran. Algo hay en mi corazón que sufre por su herida. Un deseo reconocible de ser amado de forma incondicional. Y es que necesito la incondicionalidad para ser feliz. Yo no amo de esa forma pero espero que me amen así. Yo amo de una forma condicionada y por eso sufro tanto. Porque los otros no siempre hacen lo que yo espero, no actúan como deseo y no responden a mis expectativas. Y como no funciona todo como esperaba, sufro, me quejo, critico y condeno a los demás. La sombra de mi orgullo es muy alargada. Tanto que ensucia los pasos que voy dando. Detrás de mi aparente sencillez se esconde un corazón altanero. Detrás de mi presumible serenidad guardo un alma que vive inquieta buscando el reconocimiento y la aceptación. Si supiera amar sin esperar nada a cambio. Si supiera vivir sin muchas pretensiones. Si dejara de compararme con los demás. Si todo eso se cumpliera, sería feliz. Viviría en paz conmigo mismo y con el mundo. No desearía lo que no poseo. No buscaría lo que no me corresponde. Tendría paz y la vida sería mucho más sencilla. No me importarían tanto los pecados de mi hermano. Y el mal de los otros ni siquiera rozarían mi piel. Amar bien, sanamente, es la meta de toda mi vida. No sé hacerlo y sufro. Exijo lo imposible y me enfado con los que me rodean, perdiendo la paz. Leía el otro día: *«En realidad, las cosas no suelen ser tan complicadas como parecen entre las personas. Todo se reduce a estar ahí cuando te necesiten. A comprender, escuchar y, lo más importante y que apenas valoramos, abrazar. Porque no hay nada que no arregle un abrazo que nace del corazón. Uno de esos que duele darlo, y recibirlo, que logra que tus costillas protesten y tu alma tiemble»*[1]. Aprender a aceptar, a escuchar, a estar cerca de aquel al que amo. Sin juzgarlo, sin esperar nada más. En silencio, aguardando. Quisiera que todo fuera más fácil con los demás. No quiero vivir condenando sus vidas sólo porque les tengo envidia, porque deseo lo que ellos tienen. No quiero vivir amargado porque la vida no ha sido tan generosa conmigo como con otros. Me duele el corazón y me inquieta la desproporción que hay entre mis sueños y mis logros. Un abrazo humano, un abrazo del corazón. Basta eso para sanar muchas heridas, consolar al que sufre, al que llora, al que se siente mal por lo que vive en su interior. La vida podría ser mucho más fácil si dejara a un lado lo que me pesa. La envidia que siento. El dolor que toco en mi alma al compararme. Si fuera más libre para amar y darme a los demás. Es un camino largo el que quiero recorrer. Acepto las cosas como vienen sin esperar mucho de ellas. Sé que los caminos que Dios abre para mí son los mejores y eso me calma. He recorrido la distancia infinita que me separa de mi hermano. He llegado a su corazón para decirle que necesito un abrazo que me calme. He dejado de condenar con mis críticas a los demás, para no hacer daño, para no dañarme. Y he sentido más ligero

[1] María Martínez, *La fragilidad de un corazón bajo la lluvia*

el equipaje. Peso menos, estoy más cerca de Dios, siento más paz y puedo volar más alto. Las comparaciones nunca traen nada bueno. Sufro demasiado al ver que los demás son más felices y todo les resulta bien, **mientras que yo sufro por lo que no poseo.**

Jesús quiere saber lo que piensan de Él: «*En aquel tiempo, al llegar a la región de Cesarea de Filipo, Jesús preguntó a sus discípulos: - ¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?*». Quiere saber la opinión que tiene la gente de Él. Es una pregunta que se me ha hecho evidente desde que la oí por primera vez. Como si Jesús ahora me preguntara a mí qué digo de Él. La he respondido muchas veces tratando de dar con una respuesta acertada, como quien responde una pregunta de un examen. ¿Acertaré con mi respuesta? ¿Y si a Jesús no le gusta lo que oye? Al mismo tiempo es una pregunta que me persigue: ¿Qué piensa la gente de mí? ¿Qué dicen los que me conocen más y qué piensan los que sólo saben de mí desde la distancia? Me asusta pensar que no les gustan mis actitudes, que desprecian mi forma de ser y de darme. ¿Y si no soy tan querido como creo necesitar para sobrevivir en esta vida? Necesito muchos likes para ser feliz, para encontrar un lugar en el que sentirme en paz. Un hogar, un corazón en el que echar raíces sin miedo al desprecio. La seguridad del amor y la aceptación de los demás. Me da miedo desagradar, no gustar. Me aterra pensar que no me quieren ni aceptan. Sí, se trata de una cadena de necesidades que me he creado. Quiero ser querido, amado, por todos y siempre. Pienso que, cuanto más popular sea, más feliz llegaré a ser. Todo es vanidad. La opinión de los demás no es tan relevante. Lo que de verdad importa es saber en primer lugar quién soy yo, cuáles son mis valores, mis talentos, mis dones. Saber para qué he nacido y todo lo que Dios puede hacer a través de mí, en mis límites y carencias. Dios puede hacer mucho, lo sé, no temo. Pero la pregunta vuelve una y otra vez a mi corazón. Me importa lo que piensan los demás de mí. Quizás por ello hago ciertas cosas, pienso otras, digo algunas y me comporto de una determinada manera. Para encajar en un grupo, en un lugar, con ciertas personas. Y si los demás no me aceptan sufriré. Incluso llegan a rechazarme aunque haya cambiado mi forma de ser sólo para ser querido. ¿Quién dice la gente que soy yo? Y busco en ese momento responder a sus expectativas. No sólo quiero que acepten mis decisiones, también quiero que me aprueben, que digan que sí valgo, que soy importante para ellos. Dependo tanto de mi imagen, de lo que proyecto. Jesús no lo necesitaba, pero quería saber en realidad lo que su presencia despertaba entre los hombres: «*Ellos contestaron: - Unos que Juan el Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o uno de los profetas*». Decían algo de la verdad, pero no era toda la verdad. Pasa lo mismo cuando pretendo que los que me ven desde lejos me analicen. No saben toda la verdad sobre mí, no conocen mis secretos, no me han visto actuar en momentos de necesidad o en otros ambiente. Y aun así tienen una opinión sobre mí. Intuyen lo que hay dentro de mí. No aciertan del todo pero ven algo de lo que proyecto. En ocasiones me viene bien saber lo que otros ven de mí. Será mi lado ciego que a lo mejor yo no veo. Pero no pueden influirme demasiado sus comentarios, algunos serán poco acertados, no tendrán la culpa porque sólo pueden ver un reflejo de mi verdad y hacerse una opinión del todo es muy complicado. Por eso me gustan las personas que dudan, que no vierten afirmaciones absolutas, que sólo caminan con intuiciones y creen a partir de los reflejos de verdad a los que acceden. No lo saben todo y no pretenden afirmar que sí lo saben. La imagen que tengo de los demás es muy pobre. Sólo sé lo que dicen en ciertos momentos, conozco algunas de sus obras, he visto algunas de las cosas que viven. A partir de esos retazos de sus vidas pretendo hacerme una imagen. No puedo forzar las cosas. Lo que veo no es todo lo que los otros son. Es solo un aspecto que a mí me llama la atención. Puede ser que ese no fuera su día. Puede que no se sintieran bien en ese momento. Sólo podía ver una parte de sus vidas. Es lo mismo que les pasa a los demás conmigo. Ven una parte de mí y opinan, dicen, se expresan. No pasa nada. Sólo han llegado a conocer algo de mí. No ven el todo, sólo una parte. Así que no me tienen que deprimir con sus comentarios cuando hacen afirmaciones que no son ciertas. Ven una luz y opinan. No soy yo en mi totalidad. Ven un defecto mío y se hacen una imagen a lo mejor equivocada. No importa. Si me conocieran más todo cambiaría. Pero como sólo conocen un destello de mi luz, se hacen una idea de mí, a veces acertada, otras veces falsa. Las opiniones son solo eso, juicios fugaces que no recogen en sus límites la infinitud de la belleza de la persona. La trascendencia de mi vida no se puede contener en palabras torpes. Aun así es importante que siempre pueda decir lo que pienso: «*No estoy de acuerdo con lo que dices, pero defenderé hasta la muerte tu derecho a decirlo*»[2]. Saber cómo soy me da libertad para mirar con distancia tu opinión. Para

[2] Evelyn Beatrice Hall, *Los amigos de Voltaire*

saber que lo que dices sobre mí no es lo fundamental. Es sólo una mirada, un aspecto de mí, que no hace que valga menos ni tampoco que valga más. Tengo derecho a decir mi opinión. Siempre que no haga daño de forma gratuita. **Es sólo mi mirada y eso no abarca el todo de ninguna persona.**

Luego Jesús mira a los suyos, a los que más lo conocen, porque quiere saber lo que ellos piensan: *«Él les preguntó: - Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?»*. Ellos han conocido más a Jesús. Caminan con Él. comen en su mesa, escuchan sus palabras. Lo aman, lo siguen, estarán dispuestos a defenderlo hasta la muerte. Ese amor suyo no hace tan fácil saber quién es en verdad Jesús. Pueden entrar dudas. Pedro responde con unas palabras que las ha puesto en su interior el Espíritu de Dios: *«Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo»*. Jesús reconoce su sabiduría: *«¡Bienaventurado tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos»*. Pedro sabe quién es Jesús en el fondo de su alma. Sabe que es el Hijo de Dios y lo afirma con vehemencia. Le sucede lo mismo que le pasaba a Santa Teresita: *«Sentí muy cerca la presencia de Dios y comprendí que, sin darme cuenta, había dicho, como un niño, palabras que no provenían de mí sino de Dios mismo»*[3]. Cuando estoy en la presencia de Dios, muy cerca de su amor, las palabras que salen de mis labios vienen de Él, sin duda. Es lo que le pasa a Pedro. Y entonces Jesús le da el poder como cabeza: *«Ahora yo te digo: tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará. Te daré las llaves del reino de los cielos; lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos»*. Sabe que el hombre tiene dificultades para ver más allá de las apariencias. A mí me cuesta saber cómo son realmente las personas por dentro. No sé ver su verdad escondida bajo la superficie de las cosas. Por eso juzgo con rapidez. Condeno o ensalzo dependiendo de lo que veo a primera vista. Me dejo llevar por mis intuiciones y realmente no veo corazones, sólo veo caras. Y la cara no me revela la verdad de las personas. Yo tampoco muestro lo que hay en mí con facilidad. Muestro sólo una parte, lo que quiero mostrar. Deseo que vean sólo mis dones, mis talentos. Me cuesta abrir el corazón y dejar que otros conozcan lo que hay en mí. Soy frágil. Juzgo por la apariencia y eso me cuesta. Hoy miro a Jesús. Me pregunto quién es para mí. Miro su rostro en una imagen o lo veo colgado en la cruz. Lo miro en los evangelios y trato de saber quién es. Lo miro en mi propio corazón queriendo descubrir su rostro verdadero. ¿Quién es Jesús para mí? Es difícil si Dios no me revela su rostro. Si no logro ir más allá de las capas que he ido colocando sobre Dios para tratar de tener una imagen válida de Jesús. Quiero conocer su rostro verdadero. Quiero saber quién es ese Jesús al que sigo cada día. Cuál es el rostro de ese a quien amo con toda mi alma. Me gustaría conocerlo de verdad. Jesús es ese Dios misericordioso que viene a mi vida. Es el Hijo pobre y ofrecido en la cruz. Es ese Jesús amigo que camina a mi lado y no me abandona nunca, vaya donde vaya. La experiencia de Dios es la que me permite conocerlo de verdad. Siento que esta pregunta se clava en mi alma. A veces tengo una imagen lejana de Jesús, no lo amo de verdad, sigo una idea, no a una persona. Me gustaría hacer que esta pregunta estuviera viva cada día dentro de mí. Jesús es mucho más de lo que yo conozco. Y al mismo tiempo forma parte de mi experiencia diaria. Un Jesús cercano y lleno de ternura. Un Jesús comprensivo que me carga sobre sus hombres cada vez que me he perdido alejando mis pasos de su presencia. Me ha buscado, me ha amado, me ha perseguido hasta el final del camino. Creo en un Jesús que se me ha hecho presente en rostros humanos. Al fin y al cabo necesito vincularme a persona que aman a Dios para llegar a conocer a Jesús de verdad. Decía el P. Kentenich: *«¿Cómo arraigar a la gente en el plano sobrenatural? Si no conseguimos arraigarla en el plano natural, por lo común tampoco lograremos arraigarla en el mundo sobrenatural. Existen excepciones, pero lo normal es que el hombre esté vinculado, de alguna manera y con todas las fibras de su alma, al plano natural. De lo contrario, la medida de esa falta de vinculación será la medida del desgarramiento que experimente en su alma»*[4]. Yo necesito amar a personas que con su ejemplo y su forma de vivir me muestran el rostro de Jesús. En ellos encuentro a Dios. Cuando no hay vínculos humanos es más difícil acceder directamente al mundo de Dios. ¿Cómo ve a Dios un niño pequeño? A través de sus padres. En ellos ve un reflejo infinito de Dios. En su forma de ser amado por ellos entiende que Dios lo ama a él de la misma manera. En su forma de ser tratado está Dios presente a través de sus padres. Me gusta esa forma de llegar a Dios. Desde lo finito al infinito. Desde lo limitado a lo ilimitado. De la tierra al cielo. De lo humano a lo divino. Mi imagen de Dios está marcada por esas personas que con sus límites han

[3] Santa Teresita del Niño Jesús, *Historia de un alma*
[4] Herbert King Nº 3 *El mundo de los vínculos personales*

reflejado en mi vida el rostro y el amor de Dios. Cuando he tocado el amor incondicional en personas concretas he visto el amor de Dios infinito que me ama sin tener en cuenta mi pecado. Lo humano siempre es limitado. **Pero es el camino más rápido para tocar el cielo.**

No sé bien lo que Dios quiere, pero acepto que será lo mejor para mí. Hoy escucho: «*¡Qué abismo de riqueza, de sabiduría y de conocimiento el de Dios! ¡Qué insondables sus decisiones y qué irrastreables sus caminos! En efecto, ¿quién conoció la mente del Señor? O ¿quién fue su consejero? O ¿quién le ha dado primero para tener derecho a la recompensa? Porque de Él, por Él y para Él existe todo. A Él la gloria por los siglos*». Todo está en sus manos. Mi vida depende de Él. Lo sabe todo, lo conoce todo. Cada día que pasa me doy cuenta de lo corta que es la vida. No todos los sueños que tengo en el alma llegarán a hacerse realidad, todos no. Porque el corazón desea el infinito. Sólo sé que el cielo es eterno. Realmente no sé cómo rastrear sus caminos. Me gustaría que el Espíritu Santo me hablara más claramente. Por eso me empeño en buscar lo extraordinario. Que alguien sea el portavoz de ese Espíritu y me lo revele con claridad. ¿Quién puede pensar que es el único portador de la voluntad de Dios? ¡Qué peligro cuando vivo buscando cosas extraordinarias para alimentar mi fe! ¿Por qué me cuesta tanto creer en ese Dios que conduce mi vida en lo cotidiano? Me cuesta confiar, creer en su amor, en su poder en mi vida. Lo extraordinario no es lo habitual. Lo cotidiano sucede en la normalidad de la vida. No suelen ocurrir cosas increíbles. Todo sucede en el silencio del corazón. Nadie puede conocer a Dios totalmente. Su poder es infinito y yo pretendo encasillar a Dios para controlarlo. ¿Querrá Dios que siga este camino o este otro? Busco soluciones rápidas y fáciles. Sigo a personas que me dirán lo que tengo que hacer asumiendo ellos la responsabilidad que yo no quiero cargar. Me duele el alma de pensar que la vida es demasiado corta, o demasiado larga. No importa. Al final quedará el polvo de mis pasos cuando muera. Y el recuerdo de mi vida estará grabado para siempre en el corazón de Dios, es el único recuerdo que de verdad deseo. Es insondable su amor, e inabarcable su belleza. Yo me conformo con sucedáneos de felicidad queriendo consumir mis días saltando de un deseo a otro, caminando hacia el fondo de esta tierra. He descubierto la pobreza de los hombres. Sé que la gloria será para siempre, al final de los días. Le entrego a Dios mi sí, le digo que lo seguiré por los caminos, por las rutas que Él quiera. Pero luego desconfío y me da miedo que me pida lo imposible, que me exija dejar aquellas cosas que me pesan en el alma. Quisiera ser valiente para no temer la muerte. Nadie puede matar el alma, sólo el cuerpo. Eso me da paz. Ningún juicio de los hombres será lo suficientemente grande como para hundirme. Con Dios decido y al mismo tiempo busco en los hombres el rastro de Dios, no la palabra clara y precisa, sólo sus huellas, esos rastros que tengo que seguir para llegar a algún lugar cerca de Él. No prescindo de los hombres que Dios pone en mi camino para hacerme vivir en su presencia. Sus voces son pobres, pero me hablan de la riqueza del amor de Dios. Cometen errores e, incluso en su pecado, me muestra Dios su misericordia. No dudo de que son falibles, al final sólo Dios permanece fiel. No importa, ellos son sólo los lazos que Dios me tiende para que no me sienta abandonado. Decía el P. Kentenich: «*Si digo: ¡Fuera con los hombres, yo quiero caminar en la presencia de Dios!, el resultado es que camino conmigo mismo. ¡Es asunto peligroso el que uno quiera estar tan rápidamente a solas con Dios!*»[5]. El camino ordinario es el que siempre recorro lleno de dudas y miedos. Entre promesas de fidelidad y deseos de vivir y entregar un amor eterno. Los días pasan rápidamente y no quiero perderlos. Si los pierdo sentiré que mi vida no habrá valido la pena. No logro conocer todos los deseos de Dios. No me importa. Escucho a los que me hablan, aprendo de los niños que reflejan el amor de Dios, me fío de los débiles que han vuelto a levantarse felices después de muchas caídas. Dios me quiere feliz y eso es lo que calma mi sed, y mi hambre. La felicidad que me ha prometido es la que viene del cielo como una lluvia copiosa, como un sol que calienta. No busco milagros de sanación porque son un don de Dios, nunca un derecho. No exijo que me muestre de forma milagrosa cuánto me quiere. Ya lo hace de forma sencilla a través de las personas que va colocando en mi camino. A través de su amor que se derrama en mi corazón cada vez que hago silencio. Tengo entendido que no siempre la voluntad de Dios aparecerá en los manuales. En mi alma habla, en forma de susurro, acariciando con el amor de su misericordia las orillas temblorosas de mi corazón. He aprendido a fiarme de las cosas tangible, falibles y frágiles. Aun habiendo deseado que todo fuera perfecto en ese afán mío por ser intachable en mi moral. Ese deseo de merecer la salvación, el amor, el abrazo. Ese deseo tan humano que tengo de justificar lo que soy, trayendo muchas obras meritorias

[5] Rafael Fernández de Andraca, José Kentenich, *Manual del Dirigente*

que le den valor a mi fragilidad. Al final de mi vida sólo valdrá el amor que haya entregado con paciencia y esa paz que se haya hecho fuerte en mi alma. Sólo valdrá mi sí, aunque haya fallado muy a menudo. **Valdrá la intención que me llevó a intentarlo muchas veces. Eso es lo que me salva.**

Hoy Jesús le dice a Pedro: «*Te daré las llaves del reino de los cielos. Lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos*». Esas palabras siempre me impresinan. Sé que mis actos son importantes. Lo que digo y lo que callo. Los pasos que voy dando y los que evito recorrer. Voy escribiendo en un cuaderno invisible que queda grabado para siempre en el cielo. Me doy cuenta de las puertas que abro y de todas las que cierro. Las conversaciones que comienzo y aquellas que evito. La cercanía que busco en otros y la lejanía que impongo. Lo que yo no haga, nadie podrá hacerlo por mí. Soy la consecuencia de todas las decisiones que he tomado en mi vida. No soy capaz de ver culpables de los males que puedan habitarme hoy. Por supuesto también han tenido su peso en mí. No soy una víctima a quien todo le resulta mal por culpa de alguien que está fuera de mí. Todos estamos unidos, entrelazados. Puedo hacer mucho bien con mi vida y también mucho mal. Puedo dejar heridas que nadie podrá curar, sólo Dios con su amor infinito. Puedo mostrar un mundo bonito a mi alrededor o todo lo contrario. Dios me le da a Pedro el poder de atar en la tierra y desatar. Perdonar o no perdonar. Pasar página o no ser capaz de hacerlo. Es sólo un hombre, como yo. Y no es tan fácil hacerlo en esta vida confusa. A veces logro que todo se vuelva gris cuando no dejo un solo resquicio para que entre el cielo. Tengo mucho poder en mis manos, en mis gestos, en mis palabras. Puedo abrir el cielo o puedo cerrarlo. Puedo dar esperanza o quitarla. No soy consciente del poder de mis palabras. Una alabanza eleva el ánimo. Una crítica puede hundir a mi hermano. Puedo dar alegría o tristeza. Puedo animar a seguir en la lucha o lograr que desistan. Puedo cerrar el cielo a los demás. El Papa Francisco decía este año en la JMJ en Lisboa que la Iglesia es para todos. Todos tienen un lugar, un espacio. Todos. Son palabras que escandalizan cuando uno piensa que tiene el poder de cerrar la puerta a algunos. El poder de negar la misericordia. Hoy Jesús está dándole a Pedro un poder inmenso. Para ello tendrá antes que recorrer un camino largo. Esas llaves que hoy recibe sólo las podrá utilizar cuando haya vivido en su carne el fracaso, la tentación y la derrota. Cuando se haya sabido impotente, infiel, incapaz de amar hasta dar la vida. Cuando haya tocado la fragilidad de su carne. Sólo en ese momento Pedro comprendió que no era digno de recibir las llaves. ¿Cómo iba él a cerrar la puerta a alguien? Llaves peligrosas en manos inmaduras. Seguramente en ese momento pensó que no podría nunca ser digno del amor de Dios. No lo merecía. Esa afirmación golpeaba su corazón y su autoestima. Si no hubiera sido por una mirada de Jesús al cantar el gallo tal vez habría huido muy lejos de la vida. Pero esa mirada lo cambió todo. Jesús lo miró perdonándolo cuando él mismo no se perdonaba. ¿Cómo podría perdonarse? Se había creído capaz de abrir y cerrar un puerta a otros. Eso parecía más sencillo. Bastaban unas normas que cumplir. Una obediencia o una desobediencia. Pero después del gallo todo fue diferente. Después del perdón inmerecido algo cambió en su alma para siempre. Dejó de sentirse el dueño de esas llaves. Dejó de ser digno. Más tarde, en el lago, Jesús le preguntará si lo ama. Él le dirá que sí, que lo ama con toda su alma. Que esa caída lo ha cambiado para siempre. ¡Quién es él para cerrar a otros el reino de los cielos! No es nadie, es sólo un hombre pecador que no ha sido capaz de estar a la altura que se esperaba de él en el momento más importante de su vida. En ese instante en el que sabía que tenía que salvar a Jesús. No pudo, no supo hacerlo. Cuando experimento la desproporción del amor de Dios en mi vida me vuelvo más misericordioso. Cuando sólo me aferro a las normas para estar seguro, siento que las llave me pertenecen porque soy justo, porque yo hago las cosas bien y los demás se equivocan. No quiero cerrar a nadie las puertas del cielo. No quiero que nadie se quede sin la posibilidad de ser perdonado. No soy yo nadie para decidir si lo que los demás parecen estar haciendo es lo correcto o están totalmente equivocados. Sólo Dios puede mirar el corazón humano y conocer todas sus intenciones ocultas, todos su miedos y debilidades. Me conmueve este momento en el que Jesús ensalza a Pedro porque sabe algo que los demás no intuyen. Me impresiona ese Pedro que hoy se siente poderoso y pronto se sentirá tan débil. Sólo Dios salva. Esa certeza me da luz para comprender que no es mi reino, no es mi Iglesia, no es mi Dios. Es todo mucho más grande que lo que mi corazón comprende. Dios no cabe encerrado dentro de mis categorías humanas. **Me sorprende siempre ese Dios que una y otra vez vuelve a confiar en mi fragilidad para convertirme en puerta de su misericordia.**